

Título del original en inglés:
Narratives of Therapists' Lives
© 1997 by Dulwich Centre Publications

Traducción: Verónica Tirota

Primera edición: abril del 2002, Barcelona

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Editorial Gedisa, S.A.
Paseo Bonanova, 9 1º-1ª
08022 Barcelona, España
Tel. 93 253 09 04
Fax 93 253 09 05
Correo electrónico: gedisa@gedisa.com
<http://www.gedisa.com>

ISBN: 84-7432-848-9
Depósito legal: B. 17332-2002

Preimpresión: Editor Service, S.L.
Diagonal 299, entresòl 1ª
Tel. 93 457 50 65
08013 Barcelona

Impreso por Limpergraf
Mogoda 29-31. Barberà del Vallès

Impreso en España
Printed in Spain

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma.

Índice

<i>Introducción</i>	9
---------------------------	---

PARTE I: RE-INTEGRACIÓN Y CEREMONIA DE DEFINICIÓN

Introducción	19
1. La cultura de las disciplinas profesionales	28
2. Re-integración	40
3. Re-integración y vidas profesionales	76
4. Ceremonia de definición	124

PARTE II: ASPECTOS POLÍTICOS DE LA PRÁCTICA TERAPÉUTICA

Introducción	153
5. Discursos profesionales	155
6. La relación terapéutica	163
7. Supervisión como conversación de reescritura de la vida	188
8. Formación profesional como co-investigación ..	215

2

Re-integración

En la crítica precedente a las prácticas del conocimiento experto de la cultura de las disciplinas profesionales, tomé de Barbara Myerhoff el concepto de vidas integradas (*membered lives*) y analicé algunas de las convenciones de esta cultura que pueden resultar des-integradoras (*dis-membering*) para las vidas de las personas. La imagen de vidas integradas pone en juego la metáfora de un «club»: se evoca un club de la vida. Esta metáfora abre alternativas para la exploración de cómo está integrado el club de la vida de una persona, de cómo se constituye este club de la vida a través de la incorporación de su miembros y de cómo los miembros de este club están dispuestos desde el punto de vista de la jerarquía o el estatus. Asimismo, esta metáfora sugiere posibilidades únicas para la acción, en la forma de prácticas de re-integración, que informan un «tipo especial de evocación». Citaré aquí a Myerhoff (1982) sobre este tema:

Para referirse a este tipo especial de evocación puede utilizarse el término «re-integración», llamando la atención sobre la reagrupación de los miembros, de las figuras que pertenecen a nuestra historia de vida, de nuestros propios yoes anteriores y de los otros significativos que forman parte de esa historia. La re-integración es, entonces, una unificación deliberada y significativa, completamente diferente de la pasiva, continua y fragmentaria sucesión de imágenes y sentimientos que acompaña a otras actividades en el fluir normal de la conciencia (p.111).

Esta idea de la re-integración y la metáfora del club, sugieren posibilidades para que las personas emprendan una revisión de las pertenencias a su club de vida. Esta tarea brinda a las personas la oportunidad de tener mayor poder de decisión acerca del estatus de determinados miembros de su club de vida. Por medio de las prácticas de re-integración, las personas pueden suspender o exaltar, revocar o privilegiar, y degradar o ascender a determinados miembros de sus vidas. Pueden establecerse y otorgarse diversas clases de pertenencia honoraria, incluyendo la pertenencia vitalicia. De esta manera, a través de las prácticas de re-integración, las personas pueden opinar mejor sobre qué voces habrán de ser reconocidas cuando de su identidad se trate y sobre quiénes estarán autorizados a hablar de tales cuestiones. Y, además de contribuir a que las personas tengan mayor influencia sobre el estatus de los miembros que en ese momento constituyen el club de su vida, las prácticas de re-integración también aportan alternativas con respecto a la selección de nuevos miembros entre personas y grupos de personas que estuvieran disponibles y quisieran asociarse: entre personas y grupos de personas que podrían ser invitados a ocupar lugares preferenciales en el propio club de la vida.

Esta idea de re-integración también sugiere posibilidades y brinda oportunidades para que las personas reconozcan más directamente las contribuciones importantes y valiosas que otras personas han hecho a sus vidas. Cuando esas oportunidades son aprovechadas en la realización de prácticas de re-integración, estas otras personas generalmente lo experimentan como un importante reconocimiento hacia ellas. Además, al realizar estos reconocimientos de las contribuciones de los otros, uno experimenta que la propia vida es descrita con mayor riqueza. Dichos actos de reconocimiento también pueden hacer que las personas reactiven pertenencias que estaban inactivas, volviéndose a vincular con algunas de las figuras de su historia. En estos actos, la persona siente que la historia de su vida está ligada a las historias de las vidas de otros, en torno a determinados temas y a valores y compromisos compartidos. Y, lo que es más importante, estas prácticas de re-integración generalmente posibilitan que la gente experimente, en su vida cotidiana, la presencia más completa de estas figuras, aun cuando estas ya no estén materialmente disponibles (por ejemplo, en el caso de las personas que han muerto o de quie-

nes uno se ha separado). El sentimiento de estar unido con otros de este modo y de experimentar la propia vida descrita con mayor riqueza abre nuevas posibilidades para la acción en el mundo. También hace a las personas menos vulnerables al sentimiento de soledad frente a la adversidad: proporciona un antídoto contra el sentimiento de aislamiento.

A través de estas prácticas de re-integración, en la revisión de los integrantes del club de la vida de una persona, aquellos integrantes a los que se honra o se eleva en estatus pueden considerarse los que han proporcionado el contexto para la generación de los saberes y habilidades para la vida preferidos. Frecuentemente, se trata de las alianzas históricas que han sido significativas en la derivación de la descripción preferida de su identidad que hace la persona. Al reexaminar esas asociaciones, aquellos saberes y habilidades y aquellas descripciones de la identidad pueden ser identificados y explorados en sus particularidades (los descubrimientos, los actos de darse cuenta, las conclusiones, los aprendizajes, las prácticas de resolución de problemas, etcétera que son significativos, quedan más densamente descritos). Esto contribuye muy significativamente a que la persona se sienta poseedora de un conocimiento, a dar forma a nuevas propuestas para la acción en sus vidas y a que estas propuestas se expresen de maneras específicas.

Antes de proceder a analizar la pertinencia de las prácticas de re-integración para el trabajo y la vida de los terapeutas, se justifica hacer una digresión (digresión que proporciona una descripción de las prácticas de re-integración tal como podrían expresarse en el trabajo narrativo con personas que consultan terapeutas). Esta tomará la forma de un breve repaso de la historia de las prácticas de re-integración en mi trabajo y tres relatos de práctica narrativa, el primero de los cuales es, principalmente, una transcripción. Estos relatos son únicos, en el sentido de que las narrativas de las vidas de las personas siempre lo son; en el sentido de que toda travesía terapéutica se desarrolla de maneras que no podrían haber sido predichas antes de la travesía misma y en el sentido de que cada travesía porta en sí opciones para ingresar en nuevos territorios de pensamiento y práctica. No obstante, estas tres historias de práctica narrativa no son únicas con respecto a los efectos generales de las prácticas de re-integración: invariablemente,

estas prácticas hacen una contribución importante para que las vidas sean descritas con densidad y para que se desarrollen una amplia gama de alternativas para la acción en el mundo social.

Decir hola nuevamente

Hace alrededor de diez años empecé a organizar y a volcar en papel algunas de las ideas y prácticas que había estado explorando en mi trabajo con personas que tenían «problemas» con el duelo (personas que me habían sido referidas con diagnóstico de «duelo demorado» y «duelo patológico»). Doce meses después, estas ideas fueron publicadas como «Saying hullo again: The reincorporation o the lost relationship in the resolution of grief» (White, 1988) [«La incorporación de la relación perdida en la resolución de la aflicción», en *Guías para una terapia familiar sistémica*. Barcelona, Gedisa, 1997]. Los pensamientos expresados en ese artículo contradicen la idea de que trabajar con el duelo es ayudar a las personas a atravesar las etapas de una travesía bien conocida para que puedan arribar a la aceptación de la pérdida y para que puedan entonces seguir adelante con sus vidas sin el ser querido ausente.

El artículo «Decir de nuevo: ¡Hola!» se refería a algunas conclusiones a las que yo había arribado en mis reuniones con personas que me consultaban por «duelo demorado» o «duelo patológico»: a) estas personas ya se encontraban profundamente desoladas; b) esto constituía un poderoso testimonio de la significación de la relación perdida y del amor experimentado en ella; c) la pérdida del ser querido había generado enormes vacíos en el sentido de identidad de la persona; y d) seguir trabajando bajo la orientación de los mapas de duelo conocidos y establecidos resultaba contraproducente al abordar estas pérdidas. De las vidas de estas personas ya era mucho lo que había desaparecido para siempre (para estas personas, tener una experiencia de las voces, o del tacto, de los seres queridos ausentes era un logro que ya les resultaba esquivo).

En respuesta a estas conclusiones, comencé a explorar conversaciones de tipo «decir de nuevo hola»: conversaciones que incluían la relación con el ser querido ausente, conversaciones que contribuían a acercarles a las personas, en sus vidas cotidianas, expe-

riencias del tacto y las voces de los seres queridos ausentes.¹ Las respuestas de las personas a estas conversaciones fueron espectaculares: se desprendieron de la desesperación, el abatimiento y del sentimiento de vacío que se había convertido en la experiencia central de sus vidas y recuperaron un sentido de identidad familiar y confortante. Las conversaciones de tipo «decir de nuevo hola» que analicé en ese artículo estaban orientadas, en parte, por lo que en ese momento denominaba preguntas de «experiencia de experiencia» y a las que ahora normalmente me refiero como «preguntas de re-integración».

Al proporcionar aquí una descripción de la historia de las prácticas de re-integración en mi trabajo, pensé que sería apropiado volver a repasar brevemente estas prácticas tal como se expresan en el contexto del abordaje de una profunda pena en relación con la muerte de un ser querido.

Sophia² y Bill

Conocí a Sophia hace quince años. En esa época, ella estaba lidiando con una depresión profunda y con una anorexia nerviosa que constantemente amenazaba con quitarle la vida. Esta lucha no era nueva. Durante muchos años, esta depresión y esta anorexia le habían inducido a actuar contra su propia vida y habían provocado internaciones en el hospital. Sophia se estaba cansando de esta lucha.

Al principio, Sophia no tenía ningún entusiasmo por reunirse conmigo y comenzar otra terapia más. No confiaba en que esta

¹ En ocasiones se ha supuesto que este trabajo orientado hacia la metáfora de «decir de nuevo hola» está también informado de una idea de espiritualidad immanente o ascendente, y que está asociado con fuerzas espirituales o de otro plano o dimensión. Estas no son las ideas que han dado forma al desarrollo de este trabajo y no es esto lo que he intentado proponer. Más bien, el trabajo orientado por la metáfora del «decir de nuevo hola» ayuda a las personas a desarrollar capacidades para la resurrección y la expresión de experiencias significativas de sus relaciones. Estas son experiencias que estas personas ya han vivido, que son parte de su bagaje de experiencia vivida.

² Sophia, c/Dulwich Centre, Hutt St PO Box 7192, Adelaide 5000, South Australia.

fuera a conducir a un resultado positivo, pero había decidido seguir con ella por su pareja, Bill. Él se había negado a darse por vencido en sus esfuerzos por acompañar a Sophia en la búsqueda de una solución para la depresión y la anorexia nerviosa y había mantenido su firme creencia en que Sophia encontraría una vida mejor. Bill era una fuerza a favor de la vida.

En el transcurso de nuestras reuniones, Sophia identificó la voz del odio a sí misma y la voz de la anorexia nerviosa, y gradualmente fue apartando su vida de ellas. A medida que lo hacía, comenzó a explorar y adoptar otros relatos de su identidad. La contribución de Bill en esta etapa fue inestimable. Siempre estaba preparado para apoyar a Sophia en las conversaciones creadoras de sentidos en las que participábamos y en la exploración de propuestas para la acción en su vida que estaban informadas por el contenido de estas conversaciones. Y en ningún momento de este trabajo Bill supuso que él pudiera hablar por Sophia. A medida que Sophia comenzaba a abrazar la vida, Bill inició una reflexión crítica acerca de sus modos de ser en su relación con ella y, como consecuencia de ello, dio muchos pasos para asegurarse de que nada entorpeciera este abrazo de Sophia a la vida. Esta era la oportunidad de Sophia y, de ser necesario, Bill movería montañas. La presencia de Bill en estas conversaciones también me alentaba y sostenía a mí.

Para Sophia, su abrazo a la vida no representaba una recuperación de esta. Ella creía que jamás había llegado a asir la vida. Como parte de lo que Sophia llamaba «haber nacido» como persona, desarrolló un interés en hacer pequeñas criaturas de trapo. Encontraba que esta tarea era una forma de «dar vida» y a través de este proyecto desarrolló nuevas conexiones con el mundo exterior. A medida que la vida de Sophia progresaba, tuvimos muchas cosas que celebrar juntos. En los años siguientes, de vez en cuando tenía noticias de Sophia; a veces una carta, a veces una llamada. Y de este modo yo era una audiencia para las muchas novedades en su vida, incluyendo su inscripción en un programa de estudios sobre la mujer. La voz de Bill también se oía en estas novedades, siempre estaba allí: siempre creyendo, siempre reconociendo.

Supe que Bill había decidido jubilarse anticipadamente en 1996. Él y Sophia esperaban poder pasar más tiempo juntos y ha-

bían planeado muchas aventuras para esta etapa de sus vidas. Inesperadamente, a principios de 1996, Bill murió de un paro cardíaco. Me llamó el médico de cabecera de Sophia. Ella estaba en el hospital, recuperándose de una fuerte sobredosis. En ese momento estaba fuera de peligro, pero deprimida y furiosa con él y el personal del hospital por haberle salvado la vida. Había intentado suicidarse y ahora le aseguraba a todo el mundo que esa intervención médica tendría por todo resultado una breve postergación. Sophia estaba decidida a tener éxito en su próximo intento de quitarse la vida y aseguraba que la intervención médica había prolongado su vida en cuestión de semanas, de ninguna manera meses ni años. Su deseo era estar a dos metros bajo tierra, yaciendo junto a Bill. Este era el único lugar donde quería estar. Durante la conversación telefónica, el médico de cabecera me informó que Sophia había dicho que hablaría conmigo, pero que de ninguna manera toleraría que nadie intentara convencerla de abandonar su decisión de unirse a Bill. Conociendo a Sophia y a Bill como los conocía, yo entendía que esta decisión era un testimonio del enorme amor que habían profesado el uno por el otro y la maravillosa contribución que cada uno había hecho a la vida del otro.

Visité el hospital y me senté junto a Sophia. Estaba realmente enojada y se la veía muy desdichada. Habló monótonamente de su desolación y de que su vida se había vuelto gris y de que el don de existir ahora le había sido arrebatado, de la imposibilidad de seguir viviendo sin Bill, de las expectativas para cuando él se jubilara, ahora frustradas, de su deseo de estar yaciendo junto a él y de su convicción de que nada podría detener lo inevitable (la intervención médica la había salvado en esta ocasión, pero apenas había pospuesto lo que era inevitable). Sophia también dejó claro que no perdería su tiempo con nadie que tuviera el propósito de convencerla de abandonar su decisión de unirse a Bill. Me comprometí a no hacer eso, pero le pregunté si le parecía bien que tuviéramos algunas conversaciones sobre alternativas que le permitieran estar con Bill nuevamente, experimentar su presencia, pero que no exigieran que estuviera a dos metros bajo tierra. Sophia consideró aceptable mi propuesta y entonces comenzamos una serie de conversaciones orientadas por la metáfora de «decir de nuevo hola».

La siguiente transcripción pertenece a una entrevista que tuvo lugar nueve semanas después de la muerte de Bill y constituyó

uno de los puntos de inflexión de nuestro trabajo. En esta entrevista, Sophia había estado hablando de los consejos que había estado recibiendo de muchas fuentes diferentes (que hiciera el duelo, que dejara ir a Bill, que aceptara la pérdida, que siguiera con su vida). Sophia sólo sabía que este «conocimiento de sentido común» no era apropiado para ella. Exploramos entonces cómo había sido que Sophia había logrado respetar esta conclusión y descubrimos que lo había hecho porque mantenía su fe en su «conocimiento poco común» y confiaba en él.

Transcripción³

¿Es este un conocimiento que parece, de algún modo, un conocimiento poco común? ¿Quieres decir que no es un conocimiento con el que todo el mundo pueda conectarse?

Es que parece que todo el mundo, a excepción de unos pocos amigos íntimos, cree que ya es hora de que mire para adelante y deje todo lo demás atrás.

Deja esto atrás y sigue adelante ¿de esto es de lo que la mayoría de las otras personas parece pensar que se trata?

[Sophia asiente con la cabeza.]

¿En qué estás pensando en este momento?

Estoy pensando en lo que Bill pensaría.

Ajá. ¿Puedes decirme lo que pensaría?

³ En la entrevista de la que se extrajo esta transcripción había un equipo de reflexión/grupo de testigos externos. Debido a que Sophia hablaba en voz muy baja, yo repetí casi todo lo que ella dijo para que los integrantes del equipo de reflexión pudieran oír nuestra conversación. Para aquellos lectores que no estén familiarizados con el concepto de «equipo de reflexión», en este libro se presenta en la sección sobre la «ceremonia de definición».

Bueno, mi mamá y algunas otras personas consideran que estaría muy enojado conmigo por no seguir simplemente con mi vida. Pero yo no creo que lo estaría, en absoluto. Creo que él comprendería. No creo que estaría enojado en absoluto. [Entre lágrimas.]

¿Qué sientes cuando otras personas se erigen a sí mismas en autoridad sobre su voz? ¿Cómo es para ti cuando otras personas dicen estas cosas (que Bill habría dicho esto o aquello, que se habría enojado contigo por no...?).

Me enferma.

Te enferma...

El día del funeral, el marido de mi hermana me dijo: «Sal ahí fuera y sé fuerte. Bill hubiera querido que fueras fuerte por él». Pero yo le contesté: «No, él hubiera querido que fuese yo misma».

¿Tu cuñado fue quien te dijo que Bill hubiera querido que fueras fuerte y salieras al mundo? ¿Y tú le dijiste: «No, él hubiera querido que fuera yo misma»? ¿Cómo calificarías el hecho de que otras personas de alguna manera crean que tienen derecho a ponerse en el lugar de Bill? ¿Qué nombre le pondrías a esto?

Considero que es excepcionalmente egocéntrico por parte de la persona que lo hace.

«Excepcionalmente egocéntrico»: es una descripción algo benévola. Es una descripción bastante benévola de algo que, francamente, me parece indignante. Pero tú sientes que Bill diría: «No, Sophia está haciendo lo mejor para ella». Si estuviera aquí, ¿es esto lo que diría?

[Sophia asiente con la cabeza.]

¿Tienes una idea de qué otras cosas diría si estuviera aquí? Si yo pudiera preguntarle ahora mismo: «Bill, ¿qué es lo más importante de lo que estuvo diciendo Sophia hasta ahora?» ¿Qué crees que diría sobre esto?

Creo que querría que yo hiciera lo que necesitara hacer, por todo el tiempo que lo necesitara.

Entonces, él diría «Sophia hará lo que necesite hacer y eso está bien». ¿Cómo reaccionaría él ante tu resistencia a todas esas otras personas que afirman poder hablar con la voz de Bill o pretenden saber qué es lo que te conviene? ¿Te apoyaría en esto o...?

Me daría mucho apoyo.

¿Cómo te apoyaría? ¿Qué diría?

Me diría que escuchara mi propia voz.

Te diría que escucharas tu propia voz.

Sí.

¿Qué más diría él en apoyo a tu resistencia? Le diré al grupo [dirigiéndome al grupo de reflexión que está detrás del espejo unidireccional] que Bill era un hombre de pocas palabras, ¿verdad? Pero lo que tenía para decir era muy profundo, ¿no es así? Cuando hablaba, tenía un modo de decir las cosas que era muy fuerte, bastante sintético... pero fuerte. ¿Dirías que esto es cierto?

Sí.

Entonces, ¿cuál sería una de sus declaraciones de apoyo a tu resistencia, sintéticas y fuertes, que podríamos oírle a Bill?

Diría que sólo yo sé lo que me conviene.

Eso diría: «Sólo Sophia sabe lo que le conviene a ella».

[Sophia asiente con la cabeza.]

¿Se te ocurre algo más que él pudiera decir? Aparte de: «Escucha a tu propia voz» y «Sólo Sophia sabe lo que es conveniente para ella».

Siempre me dijo que fuera yo misma.

¿Que seas tú misma? Bien... Quisiera hacerte algunas preguntas más, pero antes quisiera saber cómo está resultando esta conversación para ti. En la conversación que estamos manteniendo aquí y ahora ¿estamos hablando de las cosas apropiadas, de las cosas de las que hay que hablar?

Sí.

¿Por qué?

Porque estoy comenzando a dudar de si lo que estoy haciendo está bien.

Porque estás comenzando a dudar de si lo que estás haciendo está bien. ¿Qué está haciéndole esta conversación a esa duda?

Está reforzando la creencia en escucharme a mí misma y no a todos mis conocidos.

¿Está reforzando tu creencia en escucharte a ti misma y no a los demás?

Me pasé muchos años haciendo lo que otras personas pensaban que debía hacer. Me tomó mucho tiempo resolver yo misma qué hacer. Y me siento bien al hacerlo.

¿Puedo anotar eso? Dijiste: «Me tomó mucho tiempo resolver yo misma qué hacer». ¿Es esto lo que dijiste?

[Sophia asiente.]

Luego dijiste algo más.

Pasé tanto tiempo haciendo todo lo que los demás pensaban que debía hacer...

¿Cómo ha sido para ti la experiencia de traer a Bill a la sala del modo en que lo has hecho, hablando conmigo sobre cuáles habrían

sido sus reacciones ante nuestra conversación? ¿Ha sido esta una experiencia positiva o negativa para ti? ¿O ni lo uno ni lo otro? La de traer la voz de Bill aquí, claro.

De todos modos yo sentía que él ya estaba aquí.

¿Sentías que ya estaba aquí?

Cuando estaba sentada en el piso de abajo.

Cuando estabas sentada en el otro piso, ¿sentías que él estaba aquí?

Es sólo que me hizo pensar en cuando veníamos aquí juntos.

¿Es una novedad para ti, sentir que él está contigo de ese modo?

No. Las otras veces que vine también pasó lo mismo.

¿Tienes esa experiencia cuando vienes aquí? ¿Tienes realmente la sensación de su presencia física? ¿Cómo es encontrarlo presente físicamente cuando vienes aquí?

Me da apoyo moral.

¿Te da apoyo moral? Y sientes que él está aquí con nosotros, de algún modo, como...

Sí. Donde siempre se sentaba, junto a mí.

Sentado justo al lado tuyo. ¿Siempre del lado izquierdo?

A mi derecha.

A tu derecha... Perdón, quise decir del lado derecho, pero como te estoy mirando desde aquí, es a *mi* derecha, desde donde yo estoy sentado. A tu derecha. ¿Esto ha sucedido en algún otro lugar, o es únicamente al venir aquí que experimentas su presencia de este modo?

Es sólo aquí.

¿Sólo aquí?

Pienso que es porque Bill cumplió un papel tan importante aquí, ayudándome a encontrarme a mí misma.

Sí, realmente cumplió un papel bastante poderoso. Estoy anotando algunas cosas, por si logro usar algunas en una carta.

Está bien.

Si tuvieras esta experiencia también en otros lugares, no solamente aquí en el Dulwich Centre, ¿sería esto algo positivo o negativo? Pensaba en lo que tú sabes acerca de tu propia recuperación.

Sería algo positivo.

«...sería algo positivo». [Escribiendo.]

Una de las cosas que más me asustan es que él no está más ahí para ayudarme en el camino.

Si él estuviera allí para ti, del mismo modo en que está aquí ahora, ¿sería una cosa positiva?

Sí.

¿En qué sentido sería esto beneficioso para ti, en el sentido de ayudarte en el camino? ¿Si pudieras experimentar su presencia en tu vida, del mismo modo que la experimentas aquí, en esta sala?

Es como cuando Bill estaba conmigo aunque no estuviera en el mismo lugar donde yo estaba... no necesariamente estaba físicamente presente... pero en mi cabeza, él siempre estaba ahí. Esto me producía una enorme seguridad.

Seguridad. Quiere decir que no era necesario que estuviera contigo. Podía estar en cualquier otro lado. ¿No tenía que estar física-

mente ahí, pero había un lugar que él ocupaba que te otorgaba seguridad?

Creo que es un poco como tener un ángel de la guarda.

¡Un ángel de la guarda! ¿Piensas que esto apoya tu visión acerca de lo que ayuda a tu recuperación: hacer que Bill participe más en tu vida, y no darle la espalda y seguir con tu vida?

Creo que sí, porque de otro modo no sentiría su presencia tan fácilmente.

En realidad... has hecho que la presencia de Bill sea más fuerte para mí, al contarme que sentías que estaba contigo aquí y en la sala de espera... [entre lágrimas] Y puedo verlo perfectamente. ¿No solía palmearse la rodilla? ¿Recuerdas eso? ¿No era ese un gesto habitual, palmearse la rodilla? ¿Cuáles eran algunos de sus otros gestos habituales? Recuerdo ese tan claramente...

Cruzaba y descruzaba las piernas.

Es verdad. Cruzaba y descruzaba las piernas. Lo recuerdo bien. Y a menudo solía estar ligeramente fuera de la situación, reflexionando sobre ella, ¿verdad? Estaba todo el tiempo pensando.

Muchas veces yo le estaba hablando y pensaba que no me estaba escuchando. Entonces le decía: «¿Quieres que siga diciendo lo que estaba diciendo o en realidad no quieres saberlo?» Y él me decía: «Te estuve escuchando todo el tiempo». Y yo le contestaba: «Ah, ¿sí? Entonces, ¿qué dije?» Y él me lo decía. Era como si siempre estuviera escuchando y pensando al mismo tiempo.

Esto me trae recuerdos de las veces en que yo le estaba hablando a Bill aquí y pensaba que había dejado de prestarme atención.

Pero no era así.

No. Y lo le decía: «Bill, no sé si estabas escuchando», y él me contestaba: «Sí, estaba escuchando». Y yo le preguntaba: «¿Qué aca-

ba de decir Sophia?» y él era capaz de repetirlo palabra por palabra.

[Sophia asiente con la cabeza.]

¿Cómo crees que me siento?

Creo que tú también debes tener un sentimiento de pérdida. Pero al mismo tiempo, no es una pérdida total. [Entre lágrimas.]

Has dado justo en el clavo. Yo puedo hablar del modo en que puede no ser una pérdida total, pero tú me has ayudado a *experimentar* que no lo es. ¿Entiendes lo que quiero decir? Una cosa es decirlo, otra cosa es experimentarlo. ¿En qué piensas ahora?

En algunos momentos parece como que para mí fuera una pérdida total.

En algunos momentos. Sabes... tú has evocado su presencia aquí de un modo muy poderoso. Yo también la estoy sintiendo y me pregunto si sabes cómo lo haces. ¿Lo sabes? Porque sé que dijiste que en parte es venir aquí, pero también vas a otros lugares a los que ibas con Bill. ¿Sabes cómo lo hiciste? Dijiste que la primera vez que volviste aquí, hace un par de meses, experimentaste su presencia en la sala de espera. ¿Sabes cómo lo hiciste? ¿Fue algo en lo que pensaste antes de venir aquí o fue algo que sucedió espontáneamente cuando...?

Sucedió espontáneamente cuando entré y me senté.

¿Sabes en qué tipo de estado mental estabas o ingresaste, qué lo hizo posible? ¿Tienes alguna percepción de esto?

Simplemente pensé en Bill y cuando pensé en él fue como si estuviera sentado ahí conmigo.

Quiere decir que pensaste en él de un modo que no evocaba sólo la pérdida: también evocaba su presencia.

Sólo pensaba en Bill, en su «ser», no pensaba en que ya no estaba aquí físicamente.

Ajá, no estabas pensando en eso... pensabas en su ser. ¿En eso pensabas? Si esto pudiera funcionar para ti en otros sitios, si pudieras pensar en su ser del modo en que lo hiciste cuando te sentaste en la sala de espera, ¿sería positivo o negativo o...?

Creo que sería positivo.

Puedo decirte que para mí ha sido positivo. Si bien ha sido muy emotivo, ha sido una experiencia positiva que introdujeras su ser aquí del modo en que lo hiciste. Me pregunto si podríamos imaginarnos cómo podrías trasladar a otros lugares, fuera de aquí, este sentimiento de que él está contigo. Porque no es casualidad que haya sucedido aquí. Comprendo por qué habrías de hacerlo aquí primero, por el papel que Bill desempeñó en que tú lograras tener una vida, tener una voz. Tan sólo me pregunto qué podría posibilitar que hicieras lo mismo en otros sitios. ¿Tienes alguna idea con respecto a esto? Dijiste que viniste aquí y que no estabas pensando... ¿en qué dijiste que no estabas pensando?

No estaba pensando en Bill necesariamente en relación con la pérdida. Simplemente pensaba en él.

Pensabas en su ser... su ser.

No estaba especialmente pensando acerca de que estaba muerto.

Quisiera pensar algunas preguntas que pudiera formularte, que me ayudaran a entrar más en contacto con esa habilidad de evocar la presencia de Bill del modo en que lo has hecho (tan sólo para comprender mejor cómo lo hiciste). Entiendo que viniste aquí, te sentaste en la sala de espera y simplemente te pusiste a pensar en su ser, no en su pérdida, y eso es parte de la cosa. ¿Todavía sientes su presencia contigo, en este momento?

Él está aquí todo el tiempo, en esta sala.

Él está aquí todo el tiempo, en esta sala. Bien. Quiere decir que también está presente lo que él sabía acerca de ti. La comprensión realmente importante que tenía de ti como persona, ¿también está aquí?

[Sophia asiente con la cabeza.]

En realidad, ya has mencionado algunas muestras de esa comprensión, de la comprensión que él tenía de ti. Algunos de los conocimientos que él tenía sobre tu vida y lo que funciona para ti.

Esa es una de las cosas que me dan miedo, porque no sé si yo puedo hacerlo.

¿No sabes si puedes hacerlo?

Yo sola, sin tenerlo a él...

Presente. Sí.

Su apoyo y su aliento y tan sólo... tratar de entender. Sin necesariamente entender todas las veces, pero aceptando.

Aceptando. ¿Y estuviste volviendo a experimentar su aceptación aquí? ¿Su aceptación hacia ti? ¿Su comprensión de ti? ¿Aceptando lo que no entendía?, ¿es así?

[Sophia asiente con la cabeza.]

¿Cómo te afecta el experimentar esa aceptación? Como aquí mismo, en este momento. ¿Qué es lo que te produce estar experimentándola aquí?

Es como una total afirmación de... mi persona.

¿Una total afirmación de ti?

Sucediera lo que me sucediera, no importa con qué estuviera yo intentando lidiar, Bill simplemente afirmaba que se trataba de mí y que yo podría lidiar con eso. No me haría una mala persona. Simplemente yo. Quien soy hoy.

De manera que Bill podría estar contigo también en otros sitios. Y hay algunas habilidades que tú utilizas para hacerlo presente, incluso para mí. ¿Te parecería bien que habláramos de esas habilidades? ¿Te interesa?

[Sophia asiente con la cabeza.]

Podría ayudarme en otros sitios. Y cuando entro en espacios realmente negros podría ser útil intentar recurrir a esto.

Sí. Es muy sensato. Bill murió hace dos meses, ¿es correcto?

Hoy hace nueve semanas.

Nueve semanas hoy.

Son nueve semanas desde la última vez que lo vi con vida. En realidad murió el miércoles por la mañana.

El miércoles por la mañana, hace nueve semanas. Su aceptación hacia ti no murió y su comprensión de ti como persona ha permanecido contigo porque tú la has vuelto a introducir hoy en esta sala.

Rupert

Durante un tiempo, nuestra conversación emprendió nuevas exploraciones de los saberes y habilidades que Sophia estaba expresando al recordar la presencia de Bill, y luego ella y yo nos convertimos en audiencia de las respuestas de los integrantes del equipo de reflexión/grupo de testigos externos.⁴ Sus ricas re-narraciones de las historias de vida de Sophia y Bill mostraron un poderoso reconocimiento de su relación y de las contribuciones que cada uno había hecho a la vida del otro. Estas re-narraciones también incluyeron relatos sobre el modo en que nuestra conversación ha-

⁴ En este libro, en la sección titulada «Ceremonia de definición», podrá encontrarse una discusión de la idea del equipo de reflexión como grupo de testigos externos, así como de las prácticas que utilizan testigos externos.

bía afectado la vida de algunos de los integrantes del equipo y les había presentado opciones para la re-integración de seres queridos ausentes en sus propias vidas.

Después de las re-narraciones del equipo de reflexión/grupo de testigos externos, e inmediatamente después de la respuesta de Sophia a estas re-narraciones, me pregunté en voz alta si ella podría identificar algún objeto en la sala que pudiera llevarse consigo y que pudiera ser un símbolo de la presencia de Bill. Estaba pensando en Rupert. Rupert es uno de los integrantes de trapo de mi equipo. Me lo regaló Sophia hace más de quince años, cuando estaba haciendo sus primeros pasos temblorosos hacia la vida: Sophia es la creadora de Rupert. Él es un oso extraordinario, que por más de una década y media ha venido haciendo maravillosas contribuciones a las vidas de otros, uniéndose con ellos en apoyo a su deseo de liberarse de los problemas existentes en sus vidas.

En respuesta a mi pregunta, Sophia recorrió la sala con la mirada y concluyó: «No hay nada aquí que pudiera servir». Le pregunté si podría dar otra mirada. En respuesta, me preguntó: «¿Rupert está aquí?». Estaba. Acababa de regresar al Dulwich Centre después de haber estado con la familia de un niño pequeño. En su viaje de regreso, había sufrido un percance. Venía en el auto de la familia, sacando su cabeza fuera de la ventanilla (algo que le encanta hacer) cuando perdió el equilibrio y se cayó, y fue arrollado por un ómnibus. Afortunadamente, Rupert está hecho de una material resistente, así que rápidamente logramos que recobrar su forma, aunque tuvimos que pedir un turno en la Clínica de Osos para hacer que repararan su oreja. Todavía estaba esperando que llegara ese turno.

Sophia tenía ahora a Rupert sentado sobre su falda. Lo sostenía afectuosamente.

Transcripción (continuación)

¿Decías?

Él [Bill] era realmente elevado. Podría llevármelo y arreglarle la oreja [refiriéndose a la herida de Rupert].

Lo solíamos llamar Rupert el Estúpido. [Se ríe.]

¡«Rupert el Estúpido»! ¿Te he contado todo lo que Rupert ha hecho por muchos de los niños que vienen aquí? ¿Lo sabes? ¿Sabes por qué se conserva tan bien?

Porque ha sido amado. [Ahora sonriendo.]

Ha sido amado. Acompaña a su casa a algunos de los niños que vienen aquí y los ayuda con sus problemas. Y es realmente interesante... Tú estabas hablando de la aceptación de Bill, ¿sabes qué es lo que los niños experimentan con Rupert? Aceptación. Hagan lo que hagan, Rupert sabe que lo están intentando y lo respeta.

No creo que sea para nada estúpido.

No, no lo es. Creo que es un camarada de Bill. Creo que en cierto modo son colegas, o algo así.

Este es un muñeco algo diferente del que yo hice; yo siempre pensé que Rupert era un oso que parecía estúpido. Por eso lo llamé Rupert el Estúpido. [Se ríe.]

Resultó ser muy inteligente. No me cuenta mucho de lo que sabe (se lo guarda para sí). Es una persona de pocas palabras, pero las suyas son palabras muy poderosas.

¡Como Bill!

Sí.

[Ahora Sophia está acariciando tiernamente a Rupert.] Una de las cosas que realmente extraño es tocar a Bill.

¿Piensas que llevarte a Rupert contigo podría contribuir a que pudieras producir la presencia de Bill en otros lugares?...

Post scriptum

En las dos semanas siguientes, Sophia hizo un descubrimiento: comenzó a experimentar la presencia de Bill en el jardín, espe-

cialmente cuando estaba cuidando los arbustos favoritos de él. Me pregunté cómo era que había logrado esto. La respuesta de Sophia: «Cualquiera puede hacerlo. Es natural. Se trata sólo de quitar las piedras del camino y ponerte en contacto con tus fortalezas». Le pregunté a Sophia cómo llamaría a esas fortalezas y me pregunté qué más estaba en juego aquí. «Otros pueden tener fortalezas similares. Sin embargo, a pesar de identificar esas fortalezas de este modo, experimentar la presencia de las voces de los seres queridos es un logro que puede resultar esquivo. ¿Podría hacerte algunas preguntas acerca de qué es lo que tú aportas a estas fortalezas?» Sophia se mostró interesada y comenzó entonces una conversación que trataba de identificar algunas de las habilidades y saberes que ella estaba expresando al producir la presencia de Bill.

Fue en esta conversación que Sophia por primera vez tomó conciencia del hecho de que había guardado un lugar en su vida para la voz de su padre desde su muerte, cuando ella era una niña, hacía veintiocho años. Al hablar de esto, y de la vida de su padre, relató historias de sus tías, las hermanas de su padre, quienes se habían quedado en Holanda y a quienes ella no había conocido, pero cuyas imágenes la habían animado en los momentos difíciles de su vida. «¿Cómo es que las conocías tan bien, si nunca las viste? ¿Cómo explicas esto?», pregunté. Sophia habló entonces de las historias que su padre contaba sobre la vida en Holanda y el papel central que sus hermanas representaban en estas historias. Hablamos durante un rato sobre qué había en las narraciones de su padre que lograba evocar tan vívidamente las imágenes de sus tías. Sophia concluyó entonces que su padre debía haber tenido las habilidades y saberes que le posibilitaban experimentar la presencia permanente de las voces de sus hermanas, estando tan lejos de ellas y de su lugar de nacimiento, Holanda, y que esto debía haber sido un gran apoyo para él en su vida en Australia. Sophia también concluyó que su padre le había transmitido estos saberes y habilidades a ella y que era por medio de ellos que había sido capaz de guardar un lugar en su vida para las voces de él y de sus tías, a pesar de todas las cosas por las que había atravesado. Además, en esta conversación Sophia avanzó más profundamente en el darse cuenta de que ella había estado poniendo estos saberes y habilidades en uso en mi consultorio y

en su jardín, en su deseo de hacer que Bill volviera a unirse a su vida.

Al reflexionar sobre nuestra conversación, le pregunté a Sophia: «Si utilizaste estos saberes y habilidades para guardar un lugar en tu vida para tu padre durante veintiocho años, ¿crees que podrías hacer lo mismo por ti para mantener tu conexión con Bill? Y de ser así, ¿a qué edad deberías empezar a preocuparte acerca de si existe o no el riesgo de que pudieras olvidar a Bill?». Sophia creía que estos saberes y habilidades seguirían estando a su disposición y suponía que no necesitaría preocuparse por el riesgo de olvidar a Bill hasta que tuviera setenta y dos años. Este resultó un descubrimiento sorprendente, que le produjo un enorme alivio. A lo que Sophia más le había temido era a que su vida fuera a seguir adelante y se olvidara de Bill.

Cuando nuestra conversación giró hacia la contribución de Rupert, me di cuenta de que Sophia ya le estaba transmitiendo estas destrezas a su nieta, Latoya. Latoya se había encariñado mucho con Rupert y siempre que estaban juntos, ella le hablaba a Sophia de su «Poppy». En los meses subsiguientes, la experiencia de la presencia de Bill fue cada vez más accesible a Sophia. Él fue reintegrado en su vida.

James⁵

James y Elaine Johnson me fueron referidos, con sus tres hijos, como consecuencia de la preocupación de los maestros de la escuela primaria a la que estos niños asistían. La fuente de esta preocupación era la conducta de los dos niños mayores. Algunas interacciones que los maestros habían presenciado entre el señor Johnson y el hijo mayor, John, habían reforzado esta preocupación. En opinión de estos maestros, lo que habían presenciado constituía un caso de maltrato emocional. Creían que, por consideración al bienestar de los niños, esto era algo que requería atención inmediata. Luego de una serie de conversaciones y negociaciones, se llegó a un acuerdo con los padres por el cual asistirían a una entrevista conmigo «sólo para ver cómo funciona».

⁵ Por decisión de «James», todos los nombres son seudónimos.

De la escasa información acerca de la situación con la que contaba antes de la entrevista, colegí que James había sido bastante renuente a dar este paso. Esta idea se vio reforzada inmediatamente, en nuestro primer contacto. Cuando me presenté, en la sala de espera, Elaine parecía contenta de conocerme, los niños parecían no advertir mi presencia y James me dio una recepción indudablemente fría. Mientras subíamos la escalera hacia mi consultorio, medité sobre la manera en que podrían abordarse los supuestos que cada uno tenía sobre esta entrevista de un modo que pudiera posibilitar que James estuviera presente en nuestra conversación.

Cuando entramos al consultorio, James y Elaine tomaron asiento, y los tres niños comenzaron a entretenerse con mi colección de juguetes de trapo. Intenté interesar a James y Elaine en una conversación sobre nuestras diferentes interpretaciones de lo que sería el contenido de nuestra reunión, pero pronto perdí a James. Los niños estaban ocupados en alguna discusión sobre los juguetes y James había comenzado a darles órdenes a gritos. Al hacerlo, se había dirigido particularmente a John en términos degradantes, utilizando una variedad de epítetos ofensivos. Pronto perdí también a Elaine, quien ahora les estaba gritando a los niños a la par de James. Dos de ellos estaban llorando. Este giro de los acontecimientos me preocupó enormemente.

En respuesta a esta situación, me encontré enfrentando uno de esos dilemas tan familiares a la mayoría de los terapeutas. Era muy doloroso ser testigo de que se gritara y degradara a los niños, y me preocupaban mucho los efectos reales de estos hechos sobre las historias de identidad de estos niños. Lo que aquí estaba sucediendo entraba en conflicto con mi posición ética elegida, que se opone a las prácticas de paternidad abusivas. Sabía que no podía simplemente «guardar en un cajón» estos valores. También sabía que debía encontrar un modo de expresarlos que no sonara a una imposición y que abriera un espacio para la exploración de nuevas posibilidades en cuanto a prácticas de paternidad, no que lo cerrara.

Si hubiera expresado esta posición ética a través de la declaración de alguna «autoridad» (simplemente informando a James y Elaine de que su ejercicio de la paternidad era abusivo y esforzarme por enseñarles «mejores» modos de ejercer la paternidad) no

sólo hubiera tenido el efecto de cerrar este espacio, sino que también habría estado reproduciendo los patrones de descalificación que son tan totalizantes de las vidas de las personas. Es probable que el resultado de un enfoque como este hubiera sido que se vieran confirmadas las sospechas de James con respecto a la derivación y que se reforzara su decisión de no tener nada que ver con esta terapia. Este enfoque autoritario es asumido con frecuencia por personas que no tienen las especiales responsabilidades que tienen los terapeutas (es decir, responsabilidades éticas por los efectos reales que tienen sus expresiones de dichas posiciones éticas).

En mi esfuerzo por hacerme cargo de la responsabilidad que tengo por cuidar la forma que le doy a la expresión de los valores que me hacen oponerme a las prácticas abusivas, pronto encontré algunos espacios en los cuales empezar a formularles a James y a Elaine algunas preguntas acerca de sus experiencias como padres. Yo quería saber si había habido momentos en esta difícil y exigente tarea, en que se habían encontrado algo tensos, o en los que tal vez incluso ya no sabían qué hacer. Antes de que respondieran esta pregunta, les dije que si bien en toda mi carrera no había conocido un padre que pudiera responder a preguntas de este tipo en forma negativa, estaba abierto a la posibilidad de que James y Elaine fueran los primeros en hacerlo. Se miraron de reojo. Elaine respondió entonces a la pregunta de manera afirmativa e inmediatamente después James hizo lo mismo. «En esos momentos», pregunté, «¿alguno de ustedes se ha encontrado alguna vez diciendo o haciendo algo en su relación con sus hijos que fuera contrario a su criterio ideal? ¿o que comprometiera su buen juicio? ¿o que de alguna manera contradijera la manera como querían que fueran las cosas en su relación con sus hijos?» Nuevamente, antes de que respondieran, les informé a Elaine y James que todavía no había logrado encontrar padres que pudieran responder a esta pregunta por la negativa, pero que estaba abierto a la posibilidad de que ellos fueran los primeros en hacerlo. Luego de una breve pausa, Elaine respondió a esta pregunta afirmativamente. Poco después, James hizo lo mismo.

Estas respuestas me dieron la oportunidad de entrevistar a Elaine y James acerca de este criterio ideal (acerca de esta sabiduría parental de la que ellos se apartan cuando las cosas no funcionan bien, cuando las cosas se ponen difíciles en su relación con

sus hijos). Los alenté a que expresaran sus ideas acerca de este criterio ideal y quise que me describieran cómo eran las cosas cuando este moldeaba su interacción con sus hijos. Elaine tomó la iniciativa para responder a estas preguntas, pero fue apoyada por James en la tarea. En una o dos ocasiones, logré consultar a John acerca de esta descripción del criterio ideal de sus padres: «Cuando las cosas entre tú y tus padres se ponen tensas, ¿sería mejor si manejaran la situación manteniéndose fieles a este criterio ideal del que ahora están hablando o sería mejor que lo abandonaran?». Luego de alguna aclaración sobre esta pregunta, la respuesta de John fue instantánea e inequívoca. Como invariablemente hacen los niños en estas ocasiones, votó a favor del criterio ideal. Si bien el criterio ideal se fue describiendo mejor a medida que progresaba la entrevista, yo sabía que para James dicho criterio ideal permanecía relativamente desdibujado y que, debido a esto, probablemente no fuera un constituyente poderoso de sus próximas interacciones con sus hijos.

Hacia el final de nuestra entrevista, empecé a interrogar a Elaine y a James sobre la historia de este criterio ideal. ¿Cómo habían arribado a sus conclusiones acerca de qué era la sabiduría parental? ¿Sus experiencias de ser padres y de haber sido hijos habían jugado un papel en la aclaración de cuál era el mejor criterio en la interacción con sus hijos? De ser así, ¿cuáles habían sido esas experiencias? De no ser así, ¿en qué otras experiencias se inspiraban? ¿Qué más había contribuido a la clase de percepciones que les habían ayudado a distinguir cómo querían que fueran las cosas en su relación con sus hijos de cómo no querían que fueran? Tanto Elaine como James estaban interesados en hacerme otra visita, de manera que la acordamos y yo escribí una lista de estas y otras preguntas similares para que se llevaran y reflexionaran entre una reunión y otra.

Elaine y James se presentaron a esta segunda reunión sin los niños. Habían decidido que así era mejor, puesto que querían disponer de un espacio tranquilo en el cual hablar sobre las preguntas que les había dado al final de la primera entrevista. Elaine abrió la conversación con un relato de la historia de su conexión con su criterio ideal. Fue este un relato mucho más ricamente descrito que el que había realizado durante la primera entrevista e incluía algunos «descubrimientos» que había hecho durante el

intervalo entre las dos entrevistas, así como sus pensamientos acerca de las consecuencias de estos descubrimientos para su relación con los niños. James escuchaba en silencio el desarrollo de este relato. Cuando llegó su turno, dijo que no tenía mucho que decir. Ambos padres lo habían maltratado. Como hijo, no podía recordar buenas experiencias. Con los años, había aprendido algunas cosas de Elaine, pero no era capaz de responder a las preguntas acerca de por qué había adoptado el criterio ideal expresado por Elaine en su relación con sus hijos. Dijo también algo conmovedor: que era más probable que él perdiera el control en el trato con sus hijos que Elaine y que él tenía más dificultades que ella para mantenerse fiel a este criterio ideal.

A pesar del hecho de que James estaba ahora tomando posición en contra de aquellas prácticas de paternidad que se apartaban del ámbito del criterio ideal, me preocupaba que el no tener «mucho que decir» lo restringiera en la exploración de opciones para la relación con sus hijos inspiradas en ese criterio ideal (que este relato alternativo sobre la paternidad quedara plasmado en ese trazo débil y que no constituyera significativamente sus acciones como padre de estos niños). En respuesta a esta preocupación, expliqué que entendía que estas concepciones acerca del criterio ideal en las prácticas parentales no surgían de la nada y pregunté si le parecía bien que me uniera a él en nuevas exploraciones acerca de la historia de este. James dijo que estaba abierto a la idea de que me uniera a él en esto y comenzó entonces una serie de conversaciones exploratorias que abarcaron el resto de la sesión y que se extendieron durante la siguiente, a la que James eligió asistir solo.

Estas conversaciones exploratorias de la historia del criterio ideal de práctica parental en la vida de James tuvieron dos resultados muy significativos. Uno fue el reconocimiento explícito y el agradecimiento a la contribución de Elaine, que propuso alternativas para la expresión de este criterio ideal. El otro, que James recordara un episodio de su historia personal del que jamás había hablado y que casi había olvidado. Me informó que cuando era niño los días que iba a la escuela abandonaba su casa lo más temprano posible porque no era un buen lugar para permanecer. En el camino pasaba por la de Frank (un amigo de la escuela) y luego retrocedía sobre sus pasos para esperar frente a la puerta princi-

pal hasta que calculaba que todos los habitantes de la casa estaban vestidos y desayunando. En este punto, si ya no había sido descubierto parado ahí afuera, James golpeaba a la puerta. Quienes siempre lo hacían pasar eran los padres de Frank, el señor y la señora Georgio, que lo invitaban a compartir el desayuno con la familia. El señor Georgio siempre le daba sandía, lo que constituía un agasajo.

Le pregunté a James por qué era que me estaba contando esta historia. ¿Qué era lo importante para él con respecto a esta historia? Dijo que quizá proporcionara alguna respuesta a mis preguntas sobre la historia de ese criterio ideal en la práctica parental (quizás esta fuera una introducción a otras posibilidades de ejercicio de la paternidad). Quise que James me contara qué modos de ser padres eran expresados por el señor y la señora Georgio en aquella época y por qué era que James se identificaba de esa manera con esas expresiones. James no encontraba las palabras. No sabía cómo nombrar esas expresiones. Entonces, le pedí que me contara más historias sobre las interacciones del señor y la señora Georgio con él y con sus propios hijos. Yo hice de escribiente. Luego repasé mis notas con James y juntos pensamos nombres para lo que estaba siendo expresado por estos padres. «Comprensión», «respeto», «tolerancia», «amabilidad» y «generosidad» fueron sólo algunos de los nombres por los que James se decidió. «Es bueno lograr una mejor percepción de las cosas por las que abogas, James», comenté. «Sí, también es bueno para mí lograr una mejor percepción de las cosas por las que abogo» fue su respuesta.

Luego de hablar con James sobre sus ideas acerca de por qué era importante lograr una mejor percepción de aquello por lo que abogaba en lo referido a las prácticas parentales, me pregunté si le sería útil lograr una familiaridad aún mayor con esto. Él opinó que lo sería. Al discutir las opciones para lograr esto, le dije que tenía una idea que podía parecer un poco descabellada, pero que de todos modos quería proponer: «¿Y si se pusiera en contacto con Frank y sus padres de manera que pudiéramos tener la oportunidad de aprender de manera más directa sobre esas prácticas parentales que evocó con tanta intensidad?». Al principio, James se quedó boquiabierto ante esta idea. Pero al acercarse el final de la entrevista, comenzaba a gustarle. Salió diciéndome que intentaría contactar con Frank y sus padres, pero que no es-

taba seguro de poder localizarlos, puesto que «hacía siglos» que no veía a Frank.

James me llamó tres días después. Había localizado a Frank. El señor Georgio había muerto de un ataque cardíaco hacía seis años, pero James había conseguido el teléfono de la señora Georgio. Me pedía que lo anotara. «¿Por qué?», pregunté. «Para que pueda contactar con ella». «¿Por qué yo?» «No sé si me animo a hacerlo», respondió James. «¿Realmente quiere que lo haga yo?» «Sí.» «¿Está seguro?» «Sí.» «Muy bien. Entonces, ¿qué es lo que quiere que le diga?» «Cuénteles todo. Absolutamente todo. Su nombre es Mary.» No satisfecho con esto, repasé con James lo que yo pensaba que sería útil que la señora Georgio supiera. Él le dio el visto bueno y esa misma tarde la llamé. Me sentí aliviado cuando Mary Georgio dijo que no sólo recordaba a James, sino que muchas veces se había preguntado qué habría sido de él. Tenía vívidos recuerdos de sus visitas a su casa temprano por las mañanas, antes de la escuela.

Mary refrescó un poco sus recuerdos y entonces me dijo algo de lo que James jamás se había enterado. Mary se imaginaba que James era objeto de maltrato en su hogar y había hablado en la escuela y con algunos vecinos sobre qué curso de acción tomar. Esto fue hace más de dos décadas, mucho antes de que se rompiera la conspiración de silencio sobre el tema del maltrato, y el pobre consejo que recibió como respuesta a estas consultas la alentó a no hacer nada: «No hay suficiente para seguir adelante. Si actúa sobre la base de esto, todo lo que logrará es más maltrato para James. No podrá mantener su amistad con Frank. Y no le permitirán visitar su casa nunca más.» Mary y su marido, Bob, estaban angustiados. Todo lo que parecía posible hacer era brindarle a James todo el cuidado que pudieran en las limitadas oportunidades que tenían. Mary recordaba lo de la sandía y me dijo que no había sido por casualidad que Bob había adquirido el hábito de servirle a James generosas porciones de este y otros bocados exquisitos.

Y había otras cosas que James no sabía. El hecho de que James fuera frecuentemente descubierto en la puerta de calle temprano por las mañanas, tampoco era una casualidad. Mary y Bob se encargaban activamente de advertir su presencia y solían descubrirlo «accidentalmente» cuando salían a buscar el diario o a

abrir la canilla de riego. Le habían dicho a James que podía entrar directamente y golpear a la puerta, en lugar de esperar afuera, pero él jamás había aceptado esa invitación. Por lo tanto, Bob y Mary seguían «descubriéndolo» día tras día. Le informé a Mary del proyecto sobre paternidad en el que estaba trabajando James, del modo en que ella y Bob habían estado presentes en nuestras discusiones sobre este tema y le pregunté si estaba dispuesta a unirse a este proyecto viniendo a una reunión a mi oficina. Su respuesta fue: «Lo haré encantada».

Inmediatamente llamé a James. Mientras esperaba que me atendiera, consideré la siguiente pregunta: «¿Debería ponerlo al tanto por teléfono de la conversación que había tenido con Mary o debería arreglar una entrevista con él?». Era esta una cuestión que no podía resolver, así que la compartí con James. Él dijo que no podía esperar. A medida que yo le relataba mi conversación con Mary, James se puso muy emocional. Cuando llegué a las partes que él no conocía (la conciencia de Mary y Bob de lo que él estaba padeciendo, lo que resolvieron hacer con respecto a eso, lo de la sandía, lo de ser descubierto por las mañanas) James comenzó a sollozar. Entonces, como no podía hablar, colgó. Yo también estaba llorando. En los treinta y cinco minutos que siguieron, James volvió a llamar cuatro veces. Luego fue a hablar con Elaine sobre todo esto. Más tarde le pedí disculpas por haber compartido toda esa información por teléfono, en vez de combinar una reunión con él. James dijo que no, que haberlo hecho del modo en que lo habíamos hecho le había dado la oportunidad de procesar la información de la manera que mejor funcionaba para él.

La reunión con Mary se llevó a cabo. En su presencia, tuve la oportunidad de hacerle algunas preguntas a James sobre el proyecto en el que se había embarcado (entender mejor aquello por lo que abogaba en sus prácticas parentales y mantenerse más cerca de estas ideas en su relación con sus hijos). También le pedí que reseñara cómo había sido que, en las exploraciones de la historia de ese criterio ideal, se había trazado un línea genealógica que lo conectaba con la contribución que habían realizado Mary y Bob Georgio. Mary estaba visiblemente conmovida por lo que James tenía que decir. Cuando James dejó de hablar, le pedí a Mary si podía hablar de su experiencia de este relato. Había sido «maravilloso oírlo» y ella se sentía tan aliviada al saber que lo que ella y

Bob habían hecho en respuesta a la situación difícil en la que se encontraba James y a su propia angustia «había servido para algo». Hubiera querido que Bob nos pudiera haber acompañado en esta reunión, puesto que habría significado mucho también para él.

Mary agregó que si bien ella entendía que no todo había resultado como James hubiera querido en su relación con sus hijos, no obstante era una gran cosa que hubiera adoptado para su vida algunas de estas otras visiones acerca de lo que significa ser padre, a pesar de todo lo que había tenido que atravesar de niño. Fue evidente que a James esto lo entusiasmó. Le pregunté a Mary si podía hacerle algunas preguntas acerca de por qué cosas habían abogado en su tarea parental, sobre la pericia que ambos habían manifestado como padres y sobre la historia de esto en sus vidas. En respuesta a esta última pregunta, Mary habló de muchas figuras en sus historias personales e invocó vívidamente la imagen de su abuela materna, Maria, quien había tenido una voz tan fuerte en cuestiones de justicia y de respeto. Esta conversación, que se extendió a lo largo de varias reuniones, contribuyó muy significativamente a que el criterio ideal de James fuera más ricamente descrito y a que se enraizara más profundamente en la historia. Más tarde, él habló de la conexión que había sentido con Maria y de la gratitud que sentía hacia la disposición de Mary a compartir con él esta conexión.

Alenté a James a formular este criterio ideal, con el cual ahora estaba mucho más familiarizado, en una serie de propuestas acerca de cómo podría responder ante sus hijos cuando las cosas se estuvieran descarrilando. James, Mary y yo nos reunimos con Elaine y los niños para ponerlos al día sobre las novedades y para consultarles acerca de estas propuestas para la acción. La realimentación que James recibió fue muy alentadora y aclaró cuáles de estas propuestas eran las que más probablemente tendrían un resultado deseable para Elaine y los niños. Me pregunté en voz alta cómo podría hacer James, en situaciones de mucha tensión, para mantenerse en contacto con estas propuestas. Se hicieron muchas sugerencias. Mary dijo que en esos momentos James podría llamarla. Esta fue la propuesta que James aceptó.

En el seguimiento, me enteré de que las cosas habían estado funcionando mucho mejor en la familia Johnson. No es que no hu-

biera habido algunos momentos difíciles, pero James y Elaine los habían atravesado juntos, sin permitirse apartarse de prácticas parentales respetuosas. James había dedicado algún tiempo a informar a los maestros de los niños de las novedades en su proyecto y ellos le habían mostrado su apoyo. Estos maestros también informaron que los niños parecían menos estresados y que estaban mostrándose más seguros, tanto en el contexto de la clase como en el del patio de recreo. La familia Johnson se había convertido en parte de la red extensa de parentesco de la familia Georgio (la amistad recuperada de James y Frank cada vez se parecía más a una relación entre hermanos).

Si bien mi trabajo con James estuvo informado por muchas prácticas narrativas, las que parecen haber realizado la contribución más importante fueron las prácticas de re-integración. Fue por medio de estas que las pertenencias de Elaine, Mary, Bob y María en su vida fueron exaltadas y honradas. Fue a través de estas prácticas de re-integración que los saberes y habilidades parentales alternativos de James fueron descritos con más riqueza.

Louise⁶

Louise buscó asesoramiento porque quería abordar algunas de las «huellas» que todavía le quedaban de los abusos de los que había sido objeto por parte de su padre y de un vecino (un hombre que vivía a dos casas de la de su familia) durante su niñez y adolescencia. Por más de una década había dado diferentes pasos para recuperar su vida de los efectos de estos abusos. Los dos terapeutas que había consultado en este período habían sido de gran ayuda para ella en este proyecto y ahora le iba bastante bien en su vida. No obstante, todavía había ocasiones en las cuales Louise se encontraba albergando ideas negativas acerca de su identidad y en las que estas ideas la llevaban a la autoacusación. Si bien había desarrollado modos de desprenderse de estas ideas negativas y de liberarse de esas autoacusaciones, y si bien sabía que estas

ideas negativas y autoacusaciones no podrían impedirle tener una buena vida, Louise esperaba que pudieran darse otros pasos más, que lograran erradicar estas experiencias de su vida.

Al consultar a Louise sobre su experiencia de estas ideas y autoacusaciones, dijo que en ocasiones era casi como que todavía podía oír en ellas las voces de su padre y de su vecino. Además de señalar el modo en que estas voces estaban ligadas a las ideas negativas sobre su identidad y a las autoacusaciones, Louise dijo que la presencia de estas voces le hacía difícil abrirse a las cosas positivas que otros tenían que decir acerca de su identidad. Le pedí que me dijera si lo que yo había entendido eran sus preocupaciones era correcto: «¿Se trata de que tu padre y este vecino pretenden tener una voz privilegiada en cuestiones relativas a tu identidad y que, debido a los pasos que has tomado para recuperar tu vida de los abusos, ahora eres vulnerable a estas pretensiones únicamente en los momentos en que te encuentras en circunstancias estresantes?». «Sí, esa es una buena comprensión de la situación», fue la respuesta. «¿Y de que querrías tomar medidas para despojar a tu padre y a este vecino de influencia alguna en esos momentos?» Louise respondió de nuevo afirmativamente.

En este punto de la conversación, yo estaba pensando en la metáfora de la vida como un club y preguntándome si un ritual de re-integración sería apropiado en este caso. Le pregunté entonces a Louise si, al pensar en su vida como un club, con sus socios, sería adecuado que yo dijera que su padre y su vecino habían reclamado para sí una categoría societaria elevada en su vida. «Tiene sentido», dijo Louise. «En ese caso, tal vez un ritual de re-integración pueda ser de utilidad.» Comencé entonces una explicación.

«¿Alguna vez fuiste miembro de un club que tuviera una constitución o estatuto?», pregunté. «Cuando tenía diecinueve años era miembro de un club de tenis», respondió Louise. «¿Sabes si el estatuto de ese club tenía cláusulas sobre la suspensión o revocación de la calidad de socio?» Louise no lo sabía. Sí sabía, sin embargo, que había algunos procedimientos para honrar a determinados miembros. Lo sabía porque había actuado como secretaria durante un breve lapso, durante el cual uno de los socios había sido nombrado socio vitalicio. «¿Sería posible que obtuvieras una copia del estatuto de este club?» Louise dijo que podía intentarlo, pero que no sabía si el club todavía existía. Si no existiera,

⁶ Por decisión de «Louise», todos los nombres son seudónimos.

no estaba para nada segura de poder rastrear el paradero de los ex miembros de su comisión directiva.

«¿Para qué quieres esos documentos?», preguntó Louise. Le expliqué que estos documentos podrían proporcionarnos una base para la estructuración de un ritual de re-integración, en el cual el estatus societario de su padre y su vecino podría ser degradado o revocado, y en el cual algunos de los otros miembros del club de su vida podrían ser promovidos y condecorados. «Quizás, a través de dicho ritual, descubras que tienes mucho más que decir acerca de qué miembros de tu vida gozan de alguna autoridad en temas referidos a tu identidad.» Luego le expliqué la propuesta para un ritual de re-integración y Louise dijo que le entusiasmaba la idea de intentarlo.

Los intentos de Louise por conseguir una copia del estatuto de su viejo club de tenis fueron infructuosos. Había vuelto a su viejo barrio y descubrió que el club había cerrado y las canchas habían sido destruidas. Si bien logró encontrar a dos ex miembros de la comisión, estos no pudieron ayudarla en su búsqueda de una copia del estatuto. Le había contado a una compañera de trabajo sobre esta búsqueda, de sus frustraciones y del ritual de re-integración propuesto. Esta colega informó a Louise que ella pertenecía a una asociación dedicada al servicio a la comunidad y le ofreció conseguirle una copia del estatuto de esta asociación. Louise aceptó y en nuestra siguiente reunión ya lo tenía y había subrayado las secciones que se referían a la suspensión, revocación y condecoración de los miembros.

Leímos juntos las cláusulas relevantes y comenzamos la tarea de traducirlas en documentos que pasarían a formar parte de un ritual que brindaría a Louise la oportunidad de rever el estatus de cada uno de los integrantes de su vida. Louise había decidido expulsar al vecino del club de su vida, pero no a su padre. Más bien, su intención era la de degradar significativamente su calidad de miembro del club de su vida, de manera que en cuestiones vinculadas a su identidad, su voz dejaría de ser oída.

Las traducciones de Louise de los artículos relevantes fueron bastante formales:

Se le informa por este medio de los cargos mencionados a continuación (véase más abajo) con relación a acciones que contra-

*vienen las normas que rigen la pertenencia al club de la vida de Louise. Estos cargos serán analizados por el comité de ética el 7 de septiembre de 1996. Se le notifica que tiene la opción de hacer presentaciones referidas a esos cargos. El plazo para tales presentaciones vence el 1 de septiembre de 1996. Estas presentaciones deberán presentarse por triplicado y por correo oficial. Sin detrimento de derecho,
Louise, Presidenta Ejecutiva*

Louise también había decidido qué miembros del club de su vida habrían de ser promovidos: una amiga, Pat, su Tía Helen, una de sus consejeras, Jane, quien la había ayudado tanto a recuperar su vida de los efectos del abuso, y una enfermera psiquiátrica, Pauline, quien la había acompañado en momentos especialmente difíciles.

La sola escritura de los avisos a su padre y al vecino tuvieron un efecto poderosamente vigorizador en Louise. Consideró si mandaría o no estos avisos por correo, junto con la lista de cargos. Finalmente, decidió no hacerlo. Luego pasamos a la preparación de las notificaciones para Pat, Helen, Jane y Pauline. Estos avisos notificaban a estas mujeres que, debido a sus contribuciones para impugnar las voces del abuso en la vida de Louise, se les otorgaría la pertenencia honoraria vitalicia al club de su vida. Antes de mandar estas notificaciones por correo, Louise llamaría a estas mujeres por teléfono para ponerlas al tanto de la situación y les preguntaría si estarían dispuestas a participar, en calidad de miembros de su «comité de ética», en una ceremonia ritual en la cual serían leídos los cargos contra su padre y su vecino. También les preguntaría si ellas aceptarían que las contribuciones que habían realizado a la creación de un antídoto para las voces de abuso en su vida fueran honradas en esta ceremonia, y si la acompañarían después en un festejo.

Louise recibió una respuesta positiva por parte de las cuatro mujeres y tres semanas después nos congregamos para el ritual de re-integración. En la primera parte de este ritual, Louise, con la ayuda de algunas preguntas mías, habló de los objetivos de la ceremonia y de su resolución a dismantelar la autoridad de su padre y su vecino en cualquier tema vinculado con su vida.

Luego se pidió a Pat, Helen, Jane y Pauline que re-narraran lo que acababan de oír. Las ayudé en esta re-narración por medio de

la introducción de algunas preguntas. «¿Qué fue lo que más la conmovió?» «¿Qué imágenes de Louise se le evocaban, al ser testigo de su acción para abordar las injusticias de las que había sido objeto?» Etcétera. A continuación, Louise fue invitada a reflexionar sobre las re-narraciones del grupo de testigos externos. «¿Qué fue lo que más cautivó tu atención?» «¿Contribuyó esta re-narración a que tomaras conciencia de otras cosas acerca de tu identidad?» «¿Podrías predecir cómo podría esta toma de conciencia afectar tu vida?» Etcétera.

Louise leyó entonces los cargos en voz alta y pidió al comité de ética que se uniera a ella para llegar a una decisión sobre estos. Fue confirmado que el padre de Louise y su vecino habían infringido muchas de las normas de pertenencia al club de la vida de Louise. Se decidió por unanimidad expulsar al vecino del club de la vida de Louise y degradar la pertenencia de su padre al estatus de miembro asociado o provisional.

A continuación, Louise habló de las importantes contribuciones que las presentes habían realizado, al ayudarla a recuperar su vida de los efectos de los abusos de los que había sido objeto. Esto incluyó el reconocimiento de la medida en que las voces de Pat, Helen, Jane y Pauline habían impugnado la autoridad de las voces del abuso en su vida. Estas mujeres fueron, otra vez, invitadas a re-narrar lo que habían oído. En esta re-narración, respondieron a algunas preguntas: «¿Cómo pudo acompañar a Louise de ese modo?», «¿Qué es lo que la hace actuar contra estas injusticias?», «¿Qué siente al saber que Louise la ha incluido en su vida de este modo?», «¿Qué significó que las voces del abuso no pudieran silenciar las de ustedes?»

En estas respuestas, Pat, Helen, Jane y Pauline contaron algunas de las historias de sus propias vidas que las habían vinculado a la de Louise y hablaron de valores, preocupaciones y temas compartidos. Por ejemplo, Jane habló de la contribución de sus padres a su propia conciencia de la injusticia y del papel que esto había tenido en que se uniera a Louise en su proyecto de recuperar su vida de los abusos a los que había sido sometida. Louise habló de lo que para ella significaba estar conectada de ese modo a las vidas de estas mujeres y les ofreció pertenencias vitalicias en el club de su vida, que fueron gustosamente aceptadas. Luego pasamos a la parte celebratoria de este ritual.

Este ritual tuvo un efecto poderoso sobre la experiencia de Louise de las voces del abuso. A partir de este momento, en situaciones de estrés, estas voces jamás llegaron a ser más que un susurro (y en esos momentos eran rápidamente disipadas por las voces de quienes eran miembros vitalicios del club de su vida). Y hubo otros acontecimientos que fueron consecuencia directa del ritual de re-integración. Por ejemplo, Louise desarrolló un vínculo con los padres de Jane y empezó a dar pasos para recuperar la relación con su madre.